LA INOCENCIA PERDIDA,

POEMA EN DOS CANTOS

POR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

CANTO PRIMERO.

Recibe el plectro ya, profana Clio,
Que del Bétis me diste en las riberas,
Do con labios de risa el canto mio
Remedaron sus ninfas placenteras:
Ora vuele mi acento al sacro rio
Que de Eden fertiliza las praderas,
Y dividido en plácidos raudales,
Baña el Ofir arabio de corales.

Y en las regiones, do el primer viviente
Moró apenas en cándida inocencia,
Mi voz repita á la futura gente
El precio de su altiva inobediencia;
Y cómo el triste padre delincuente
Tornando en males la dichosa herencia,
Su linaje entregó con vil desdoro
A muerte, á esclavitud, á eterno lloro.

Tú, que del hombre la infelice historia
Trasladaste á los siglos inspirado,
Ora el hecho recuerda á mi memoria,
Que lo arrojó del venturoso estado;
Tú me da el alto verso en que la gloria
Cantaste del Señor al pueblo amado,
Y al mundo criminal será enseñanza,
Y hará temer la celestial venganza.

Yacia, herida la orgullosa frente,
En medio el hondo abismo el ángel fiero,
Despues que el Hacedor del brazo ardiente
Airado sacudió el rayo primero.
En su revuelto seno sordamente
El caos tembló, cuando al mayor lucero
Oyó entre la rebelde muchedumbre
Derrumbado caer de la alta cumbre.

Él, levantando pálido el semblante,
Despavorido al espantoso trueno,
Revuelve en derredor la vista errante
Vibrando llamas y mortal veneno:
Brama, y al alarido horrisonante
Retumba ronco el cavernoso seno;
«Dioses, dice, ¿me oís? ¡ah! no vencimos;
Mas no entienda Jehová que nos rendimos.

»Lanzados fuimos del celeste imperio:
Lanzados fuimos ¡ay! La suerte ciega
Triunfar le dió, y á infame cautiverio
Los mas altos espíritus entrega.
Vuela Miguel, y sobre el cerco aério
Triunfal insignia vencedor despliega,
Y trofeos arbola: el claro polo
El nombre de ese Dios aclama solo.

»Suya fué, no lo niego, la victoria;
Mas nuestro es el valor. El yugo odiado
De servirle rompimos: esta gloria
No borrará jamás funesto hado.
Renovarán los siglos la memoria
De nuestro invicto ardor: «de fuego armado,
Dirán, al cielo se atrevió el abismo.»
El atreverse solo es heroismo.

»No desmayeis ¡oh príncipes! No en vano
Hijos sois del olimpo. Renovemos
El conflicto primero, y al tirano
Nuevo órden de batalla presentemos.
Él determina en su consejo insano
Otros séres crear, y en los supremos
Tronos á par de si levantar quiere
No sé cuál hombre vil que nos impere.

»¡Oh dioses! ¡oh furor! Los que ante el fuego
Que al solio cubre de Jehová, su furia
Ensayaron un tiempo ¿en vil sosiego
Verán con sesgo rostro tal injuria?
¡Ah! no, no será así; que en ira ciego
Aun respira Luzbel. La raza espuria,
Si á gozar llega de la torpe vida,
Perezca en sus principios destruida.

»Perezca el orbe. El desrollado velo,
Que en vivos rayos tornasola el dia,
Rotos los ejes caiga; estalle el cielo,
Y los séres sepulte en noche umbria;
En son horrendo derrocado el suelo
Ruede al abismo; guerra, guerra impía.
Cobrad, dioses, cobrad vuestros furores;
Seremos, yo os lo juro, vencedores.

»Los rayos aprestad. Del lago oscuro,
Do en sombras mora el erizado espanto,
Saldré á la odiada luz del cielo puro;
Del cielo... el cielo... ¡Ay triste! ¡Cual en llanto
Se torna mi furor! Mas ¡qué! ¿mi duro,
Mi indomable valor á un vil quebranto
Podrá rendirse? Yo? Luzbel? ¡Oh! Tema,
Tema el que usurpa la mansion suprema.

»Saldré á la odiada luz; yo seré espía
De sus obras; veré cuál la accion fiera
Deba ordenarse. ¡Al arma, oh hueste mia!
¡Al arma! Tiempo habrá que en lisonjera
Paz canteis la victoria.» Así decia
El soberbio, y la ruda cabellera
Vedijada de víboras se eriza,
Y en su frente silbando se encarniza.

Cual de Vesubio el cráter centellante
Horrendo luce y tiembla, el hondo brama,
Alzase el humo, en grupos ondeante,
Y en vellones de luz tal vez se inflama;
Súbito el negro abismo horrisonante
Columnas brota de sangrienta llama,
Y al derretido fuego abriendo calle
Voraz torrente se despeña al valle;

Rápido corre la feraz campaña
Allanando las selvas; el arado
Y el buey tardo arrebata, y la cabaña
Lleva, y al pastor dentro descuidado;
Hunde las altas cúpulas su saña,
Vuelca estruendoso el arteson dorado,
Cae sobre el mar sin aplacar su ira,
Y por las ondas encendido gira:

Tal raudo sale del abismo horrendo,
Envuelto en negras llamas el impío,
Y la garganta con rugido abriendo,
De fuego arroja ensangrentado rio.
Tembló abierta la sima con estruendo,
Y en aullido espantoso el reino umbrío
Se oyó tronar. A la tranquila tierra
¡Ay! se lanza Luzbel, clamando guerra.

La dulce llama, que de lumbre viste
El aire puro que al viviente anima,
Volando en rayos trémulos, embiste
Los ojos que enfermara el ciego clima.
Túrbase, y con las manos la faz triste
Cubre al rosado albor que le lastima:
Vacila, y con pié errante se apresura;
Párase luego, y observar procura.

Tercera vez la celestial lumbrera
A la noche rasgaba el pardo velo,
Derramando sus brillos por la esfera,
Que el aire hienden en sereno vuelo.
Fugada ya la lobreguez primera,
Que vistió de negror el rudo suelo,
La blanda luz resbala por las flores,
Y levanta reflejos y colores.

El ave, aun sin haber labrado nido,
Las plumas bate sobre el aura fria,
Y prueba á sostenerse, el cuello erguido,
Que mil cambiantes con la luz envia;
Y cuando ya el poder ha conocido
De las temblosas alas, su alegria
Publica, variando el dulce acento,
Que balbuciente imita el mudo viento:

El viento, enántes mudo, que pausado
Al despuntar de la primer aurora,
Osó apenas, de ajófares bañado,
Besar las flores que su faz colora;
Mas al hallarse súbito sembrado
De los medidos tonos que aun ignora,
Se esconde por las grutas, y suave
Remeda el canto que escuchó del ave.

En tanto la ovejuela en la llanura,
Latiendo el pecho con la nueva vida,
Celebra á par del lobo su ventura,
Y á triscar con balagos le convida.
O ya la frente alzando hácia la altura,
Ve las aves vagar embebecida,
Y á sus cantares, de ella no sabidos,
Responde simplecilla con balidos.

Mas cuando el Hacedor con fuerte mano
Los mudos senos lóbregos quebranta
De la nada vacía, y el humano
Del no ser á la vida se levanta,
Unidos corren en tropel ufano
Los animados todos á su planta;
Manso el tigre y la víbora inocente,
Con su lengua le halagan blandamente.

Y en mil y mil hileras agolpados,
Cual las olas de Océano, se extienden,
Cubriendo en torno los herbosos prados,
Que Tigris y Gehon sonoros hienden.
Los pájaros al aire derramados,
En colorida turba se desprenden,
Cual nube que matiza en oro y grana,
Coronada de lirios, la mañana.

Las alas plegan con murmurio blando,
Y en medio alzado, cual señor, el hombre,
Se posan silenciosos, esperando
La multitud naciente les dé nombre.
Adan, las palmas al empíreo alzando,
«¡Oh Eterno! clama... En inmortal renombre
Decidle gloria ¡oh cielos! Decid gloria,
Y ensalzad ¡oh vivientes! su memoria.

»Himnos, gloria decid...» El sacro acento
Sigue luego en dulcísima armonía
El pueblo de las aves: ledo el viento
Los blandos sones por la esfera envia.
Jamás gozó natura tal contento,
Ni del Ganges, saliendo el nuevo dia,
Tal alborada oyó. Las arpas de oro
Pulsa á sus cantos el celeste coro.

Del alto solio de zafir luciente,
Do en eterno esplendor velado posa
Sobre llamas, que el manto trasparente
Penetran á la noche silenciosa,
Con el cetro apartó el Omnipotente
Las densas nubes que su faz gloriosa
Esconden al mortal, y en la alta cumbre
Se vió á Jehová vestido en viva lumbre.

Y el rostro excelso que los cielos dora,
Cuando de la alta frente nace el dia,
Tomando al hombre, despidió á deshora
Un mar de luz por la region vacía.
Adan postrado al Hacedor honora
En himnos mil y cantos de alegría:
El gran Dios se complace en ver su hechura,
Y se inunda de júbilo natura.

Solo gime Luzbel. Lánguido hielo
Los miembros le desata: la faz yerta
Aparta sin color, y en tardo anhelo
Desmayado respira; ni aun acierta
A huir turbado, que el inmoble suelo
Falta á su vista errante; mueve incierta
La floja planta en pasos mal guiados,
Y al fin se arroja á los ardientes vados.

Calóse presto el monstruo, y la infiel gente
Huyó espantada al pavoroso estruendo.
Tal ardua roca sobre el mar pendiente,
Cuyas olas contino están batiendo
Su asiento carcomido, al rayo ardiente
Bajada se desploma en son horrendo:
Abrese el mar en círculos undosos,
Y en torno huyen los peces temerosos.

En medio el lago del eterno lloro
Quedó el dragon enorme derribado,
Tal que del alto Cénis á Peloro
Tendido el monstruo sobre el golfo airado,
Do Scila brama con hervir sonoro,
A un numeroso ejército, ordenado
En largas filas, diera paso abierto
Por sus espaldas al lejano puerto.

Y del largo desmayo con sollozos
Alzando la cerviz: «¡Oh fiera suerte!
¡Necio! clama: ¡Cuán necio entre destrozos
Arrastrar pensé al hombre á cruda muerte!
Solo yo moriré; y en puros gozos
De mis iras burlando el lodo inerte,
La planta ¡oh rabia! extenderá atrevido
Sobre el trono á Luzbel solo debido.

»¿Y no habré de vengarme? ¿La alta silla,
Mi solio impune ocupará? ¿Y mi diestra
Ora yacerá inmóvil? ¿Así humilla
El valor de Luzbel suerte siniestra?
¡Oh infamia, eterna infamia! La rodilla
Doblar no quiso la soberbia nuestra
De una deidad á confesar el nombre,
¿Y hoy ¡tristes! cederémos á un vil hombre?

»Mas ¡ay! cedamos: el tirano injusto
Así nos envilece. El orbe entero
A su imperio entregó, cual templo augusto
Do sacrificio ofrezca duradero.
Intérprete del mundo, el feudo justo
En cantos de alabanza al sér primero
Rinde el humano, y á su voz se inflama
Y al gran Autor la creacion aclama.

»Todo; todo le adora: fiel tributo
Le rinde todo. ¿Quién el fuerte lazo
Que el orbe liga al déspota absoluto
Cortar pudiera? O al mortal, ¿qué brazo,
Arrancar de sus aras? Solo un fruto,
Uno entre tantos, mientra en breve plazo
La tierra habita, el Hacedor le veda.
¡A tan vil precio nuestro cielo hereda!

»¡Ay! no (creedme, dioses) no es posible,
A nuestras fuerzas su eternal ventura
Contrastar: yo lo he visto... ¡Cuán terrible
Se aumenta mi dolor! La lumbre pura,
La luz que yo gozé... ¡Memoria horrible!
¡Tiempo, tiempo dichoso! Mas aun dura
Mi obstinacion; el fuego, el fuego ardiente
Solo quiero: Luzbel no se arrepiente.»

Así el fiero clamaba, y turbulento
En discorde algazara el torpe bando
Su discurso interrumpe. Cuál su intento
Aplaude ya, las armas arrojando;
Cuál cobarde le llama, y el asiento
Rebatar piensa y el tartáreo mando;
Cuál se arma á la batalla, y furibundo
Él solo quiere desolar el mundo.

No así en torrentes rápidos cayendo
Dividido el Niagára ronco suena,
Cuando rompe sus ondas con estruendo
Contra el profundo escollo que lo enfrena:
Ruge al embate el agua, y resurtiendo
En montes de vapor el campo atruena;
Oye el fragor de léjos ignorante,
Y la planta suspende el caminante.

Hé aquí en medio el tumulto en ira ardiendo
Se levanta Satan, Satan que altivo
Asiste siempre junto al solio horrendo,
Y á Luzbel en el choque primitivo
Sostuvo audaz. Su gran mole moviendo,
De la turba se alzó entre el fuego vivo,
Cual preñada de rayos negra nube,
Poniendo espanto, el horizonte sube.

«Y vosotros tambien ¡oh compañeros!
Estirpe del olimpo, ¿en vil desmayo
Yaceréis? dice. ¿Así, invictos guerreros,
Apartais de la diestra ocioso el rayo?
El rayo asolador, que los luceros
Del firmamento en el primer ensayo
Centellar vieron pálidos un dia,
Cuando el valor en nuestro pecho ardia.

»Y ya cual los cobardes campeones
Que, velada la faz, ante el tirano
Se postran palpitantes, ¿los blasones
De dioses olvidais? ¿El vil humano,
El polvo os ha de hollar? Ved ¡ay! los dones,
Los timbres ved de que os gloriais. Ufano
El cuello someted al nuevo yugo,
Al dueño imbécil que al tirano plugo.

»Mas ya en los rostros todos arder veo
El antiguo furor. Tú ¡oh Rey! destierra
Un temor afrentoso, y nuevo empleo
Haz de tus huestes en segunda guerra.
Manda armar las falanges: sí, trofeo
Del que osó contra Dios será la tierra;
Y cuando fuese nuestro ardor vencido,
¿Qué perderá quien todo lo ha perdido?

»Los mas audaces de tu gente elige
Contra ese vil mortal; y si en su daño
No el valor aprovecha que les rige,
Aproveche á lo menos el engaño.
Yo pretendí ser dios... ¡Cuánto me aflige
Este voraz recuerdo, que acompaño
Con inútil llorar, llorar eterno!
¡Ay! Ser dios quise, y arrostré un infierno.

»¡Oh Rey! este fatal atrevimiento
Ha de inspirarse al hombre. Ose insolente
Su asiento alzar ante el excelso asiento
Do sostiene los mundos el Potente;
Ose igualarse á Dios; no en fiel acento
A la deidad adorará obediente;
Y siendo en el orgullo igual contigo,
Igual será tambien en el castigo.

»Del padre pecador progenie impía
Diseminada por el orbe extenso,
Las aras hollará do el fuego ardia
En oblacion perenne ante el inmenso;
Del oriente inflamado á la onda fria
Do la luz muere, el usurpado incienso
Elevará el mortal en ritos sacros,
Postrado á vuestros mudos simulacros.

»Si, que el mundo os honore: que devotos
Su adoracion, su sangre y aun sus vicios
Os tributen los pueblos. Pendan votos
Ante Osiri en soberbios edificios:
Caigan, de humanidad los lazos rotos,
Infantes á Moloc en sacrificios;
Y atónito el viviente grabe entonces
Vuestros nombres en mármoles y bronces.

»Y entonces tú, Camós, de castos lechos
El pudor alanzando, los infaustos
Placeres brutos bajo sacros techos
Acepta en religiosos holocaustos;
Y tú, Baal, en los humanos pechos
Sofocando el amor, que en nudos faustos
Los enlazara, enciende el feroz brio,
Con que devore al hombre el hombre impío.

»¡Tiempos, siglos dichosos, cuando al mundo
De la ciega ambicion ciego heroismo
Lance en sus iras el Erebo inmundo,
Y el hierro dé al mortal contra sí mismo!
Por entre espigas que en tapiz fecundo
Doraron la campiña, el fanatismo
Hará correr en espumante senda
La derramada sangre en lid horrenda.

»Y entre amarillos huesos hacinados
Del delicioso fruto y verdes hojas,
Desnudo el tronco en los marchitos prados,
Lanzas mil cargará de sangre rojas;
¡Oh Rey, oh dioses! tan funestos hados
Al hombre acelerad; y entre congojas
Fallezca ¡oh si! fallezca el vil linaje,
La infame raza del averno ultraje.»—

«Fallezca, el feroz Príncipe responde;
Mas no, invicto Satan, tu ardiente celo,
¡Ah! no te arroje á nuevas lides, donde
Triunfe otra vez el enemigo cielo;
Mas cierto el fin alcanza, si se esconde
La débil fuerza bajo astuto velo.
¿Quién osó mas que yo? Mas vi al humano;
Y se hizo cuerdo mi furor insano.

»Tú pues sube á la tierra, y cauteloso
Haz que el viviente indócil se rebele
Contra su Criador.» No en son medroso
El taladrado bronce flechar suele
Globos de ardiente hierro, que alevoso
Destroce al hombre, y su morada asuele,
Cual jurando al mortal eterno estrago,
Saltó Satan del llameante lago.

Al mundo se fulmina: en vivo fuego
Nadando giran los sangrientos ojos;
Sus pasos la soberbia sigue luego,
Y audaz saciar ofrece sus enojos;
¡Disforme, horrendo monstruo! El rostro ciego
Las estrellas derriba: en sus arrojos
Tiende las negras alas, y sombría
Cubre el dorado sol y roba el dia.

La inobediencia altiva la acompaña,
El duro cuello erguido: corre presta
La descarnada muerte y su guadaña,
Aun no manchada, á la batalla apresta.
La crin revuelta y en rugiente saña
Brotando sangre toda, el hierro asesta
La guerra impía; y la traicion de flores
Cubre el dardo que vibran sus rencores.

En tardo paso lánguida camina
La hambre desmayada; ronco gime,
Y la plegada faz el llanto inclina.
Regando el suelo del humor que esprime;
La enfermedad pajiza se avecina
A la arada vejez; vil hierro oprime
El pié á la esclavitud. Siguen fatales
Los vicios, la impiedad, todos los males.

Y aullando ronco el ominoso bando,
Cual negra tempestad corre sangriento,
Las flores troncha, y en su giro blando
Detiene al ave con el torpe aliento;
La alma inocencia el escuadron infando
¡Ay! llegar ve: con maternal lamento
Vuela al hombre, y en lágrimas deshecha
A su regazo tímida le estrecha.

¡Infausto dia! ¡Infausto! Tú el primero
En abundosa vena el lloro diste
Al mortal ¡ay! el lloro lastimero
Que en sollozos ahoga mi voz triste:
Tú ¡oh sol! subiendo alegre el hemisfero
A Adan, señor del mundo alzarse viste,
Y apagando en el mar tu viva lumbre,
Viste á Adan en indigna servidumbre.

CANTO II.

Veló en tanto la faz de grato ceño
El Hacedor, y del semblante augusto
Súbito entre celajes nació el sueño,
Al malvado terror, solaz al justo;
Vuela en torno del hombre, y halagüeño
Sus ojos languidece en blando gusto;
Toca entonces su pecho el Dios potente,
Y fabrica de un hueso otro viviente.

No en tierno brillo la rosada aurora
De oriambar pintando el vago cielo,
Alza el cabello de la mar sonora,
Lloviendo perlas al florido suelo;
Ni de gualda y carmin Iris colora
En ledos visos el nubloso velo,
Cual á los ojos se presenta hermosa
Del feliz hombre la feliz esposa.

Nudo en ambos el cuerpo, mas celado
En dulce lumbre de inocencia pura,
Cual Febo en vivas ráfagas velado
En su esplendor esconde su figura.
No allí bastarda herencia del pecado
Rudas vestes cubrieron la alta hechura,
Do hiciera entre sus obras larga muestra
De su inmensa beldad la eterna diestra.

Mas ¿qué lengua, almo Dios, habrá que baste
Del espíritu á hablar, del sacro aliento
Que del seno eternal fuera lanzaste,
Encendiendo en su frente el pensamiento?
Espíritu divino, tú inflamaste
Del sabio rey el misterioso acento,
Que inspirado por ti, del alma santa
El dulce amor y la belleza canta.

Tú el placer le enseñaste y las delicias
Del tierno amante, en el regazo puro
De la esposa lazado entre caricias,
Y el blando beso, de su fe seguro.
Las breves horas al mortal propicias
Tú me dicta; tú enciende el labio impuro,
Y mi voz cantará la complacencia,
El candor y la paz de la inocencia.

Que nos ¡ay tristes! en fatal quebranto
Lanzados al nacer, no conocimos
La venturosa edad: en turbio llanto
Anegados los ojos, la luz vimos.
Tú, solo tú... Mas ¡ah! mi débil canto
Desmaya. Y qué, ¿dijera los opimos
Frutos de la inocencia un mortal ciego,
Si ya ardiera su labio el sacro fuego?

Los dos lazados en sabroso nudo
Pisaban inexpertos los verjeles
Del aromoso Eden. So el pié desnudo
De Adan se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azucenas; en pos fieles
Les dan aves y fieras vasallaje.
¡Padres felices de infeliz linaje!

Alza la vista Adan: por la ancha esfera,
Morada inmensa del radiante dia,
Ve al sol nadar en luz, y en su carrera
Llover vida á los séres y alegría.
El frutecido suelo considera,
Del mar bullente la tenaz porfía
Por asaltar la tierra; y dueño solo
Se ve de Cinosura al otro polo.

Las tiernas flores de la frente ufano
Desciñe Febo al estrellado Toro,
Y mezcla en la Balanza el rubio grano
De la Doncella aligera tesoro.
Sube al fogoso carro, y de su mano
Desparce rosas entre espigas de oro,
Y embalsamando el céfiro de aromas,
Racimos llueve y olorosas pomas.

Ve el universo Adan, ve su morada,
Y queda inmóvil, cual del suelo pario
Brilla en real jardin piedra animada
Por mano de famoso estatuario.
Eva lo ve, y examinar le agrada
Las varias plantas, el esmalte vario
Que en colgantes sus flores eslabona,
Y entolda el prado y el pensil corona.

Mueve el pié terso hácia el nevado rio,
Que por cauce de lirios resbalando,
Aquí el jazmin retrata, allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando;
Alzan las crestas sobre el lecho frio
De argentados vivientes mudo bando,
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los halaga.

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el hondo seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta, ya en el bosque ameno
Párase á oir la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

En medio el Paraíso su guirnalda
Sobre palma y ciprés coposo extiende
Arbol bello, que en ramos de esmeralda
Lucientes pomas de carmin suspende.
Arbol funesto, á cuya umbrosa espalda
Blandida al aire su guadaña tiende
La hambrienta Parca, por fatal tributo
De quien gustare el engañoso fruto.

Eva lo entrevé y tiembla; ni se atreve
A adelantar la temerosa planta:
Alza los ojos paso, y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tanta.
Late el pecho anheloso, y lanza breve
El mal cogido aliento: ya adelanta
El pié... Infeliz ¡ay! huye; muerte, muerte
El tronco infausto de sus ramos vierte.

Llega al árbol fatal... Profeta santo,
Dame lágrimas: ¡Ay! tu lloro triste
Me da, y el verso do con débil canto,
El cautiverio de Sion gemiste.
¿Podrán cien lenguas el eterno llanto
Decir del universo? Tú me asiste,
Tú esfuerza mi sentir. Llorad, vivientes;
Todos vais á morir, futuras gentes.

Llega debajo el árbol, cuando presta
Enorme sierpe de la hojosa cima
Súbito se desrolla y vibra enhiesta
La aguda lengua que Satan anima.
Plega en arcos la espalda, la alta cresta
Sobre la inmensa mole se sublima;
Eva á su vista pavorida huyera,
Si temor la inocencia conociera.

Del monstruo el pecho llena, y rige astuto
El vil traidor. El escuadron de males
Cerca en torno al dragon con negro luto,
Quien comienza inspirado en voces tales:
«¿Por qué un ciego precepto el dulce fruto
Así os veda tocar? Sois racionales;
Sabed la razon dél.» Duda el aleve,
Y á rebelarse con la duda mueve.

«¿Temeis morir? prosigue; no os asombre
Una amenaza fútil. ¡Oh! bien sabe
Por qué os aterra Dios; quiere que el hombre
Bajo vil yugo á su opresor alabe.
Dioses seréis cual él; tan alto nombre,
Tan gran saber é independencia cabe
A quien el fruto divinal percibe:
Sabed ya la razon que os lo prohibe.

»¿Dó está esa libertad? ¿El albedrío
Dó está, de que os gloriais? Esclavos viles,
Esclavos os llamad, ó el señorío
Cobrad que en vano os dieron; ó serviles
Vasallos sed, ó dioses; os lo fio.
Podeis serlo; elegid.» A las gentiles
Ofertas Eva por el fruto arde
Y por hacer de libertad alarde.

Cual Sirio ardiente ó el nevoso Arturo
Cuando desciende al mar, su luz envia,
Del olmo traspasando el toldo escuro
Que susurrante mueve el aura fria;
Ora vivo reluce el fulgor puro,
Ora se empaña entre la pompa umbría;
Ya mengua el disco trémulo, ya crece,
Ya en centellas se parte y desparece:

Así de Eva la mente vaga incierta;
Ya se anima, ya teme. El fruto bello
Del ramo á troncar iba, y huyó yerta
La mano, y yerto se le alzó el cabello.
Otra vez y otra torna; ¡ay triste! cierta
A nuestra eterna infamia puso el sello.
Comió... ¿Qué mas diré? Comió. ¿Dó ardiente
El rayo está del vengador potente?

Comió, y al fiel Adan, que respetoso
Ni aun el árbol mirara, el don presenta
Con las ofertas del traidor doloso,
Y su temor y su esperanza alienta.
Insta, ruega amorosa; el tierno esposo
Cede, se rinde, y su osadia aumenta
Mas que el dolo, el amor; que es por su daño
Amor mas poderoso que el engaño.

La poma al labio llega cuando al cielo
Alzó acaso la vista, y de su mano
Cayó el fruto perdido; un mudo hielo
Cuajó densa la sangre al pecho insano.
Dos veces Eva con osado anhelo
Tornó á la mano lasa el don profano;
Dos veces cayó de ella, y ¡triste suerte!
Al fin revive para darse muerte.

Gustó la poma Adan, y el universo
Sintió súbito el crimen. La alta esfera
Robó entre sombras el semblante terso
Que los globos de lumbre reverbera;
Blando favonio en aquilon adverso
Mudó el soplo vital; de rabia fiera
Se vistió el bruto, y su obsequioso oficio
El orbe todo convirtió en suplicio.

Vióse desnudo Adan; la seductora
Vióse desnuda, su candor perdido,
Cual marchito clavel se descolora
Doblado sobre el vástago partido.
La bella, dulce luz encantadora,
Rayo de luz eterna desprendido,
¡Ay! se oscuró en su faz, antes delicia,
Maldicion ya de la inmortal justicia.

Vióse y se avergonzó; y al bosque denso
Corre turbado y su ignominia esconde,
Las venganzas temblando del Inmenso,
A quien creyó igualarse. Mas ¡oh! ¿dónde,
Dónde de Dios huirá? Del orbe extenso
Patente el seno ve; á su voz responde
La muda nada en el abismo escuro;
Su faz vuelve la sombra en fuego puro.

¡Ah! vióle, sí, de su encumbrado asiento,
Y ardió súbito en ira: del semblante
Un mar corrió de llamas: ardió el viento,
Las montañas ardieron. Fulminante
Tronó en su enojo, y retembló al acento
Bajo su pié el olimpo vacilante:
Cubrióse el trono en centellantes nubes,
Y sus rostros velaron los querubes.

Airóse Dios, y en la encendida mano
Presto el rayo nació; la ondosa llama
En puntas sube, y por el aire vano
Brotando entre los dedos se derrama.
Iba á lanzarlo ya, y el Soberano
Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama
En luz de gloria que á la tierra umbría
Amor, su faz bañando, difundia.

Cuando al morir los siglos caiga ardiendo
Desde su cumbre el sol, y el regio trono
Sobre su hoguera asiente, y al estruendo
De la trompa y los rayos, en su encono
Lance los astros en el caos horrendo,
No así parecerá. Dulce patrono
Ora del triste humano, amor le apiada,
Amor le ofrece ante la diestra alzada.

«Padre», dice, y los cielos la carrera
Suspenden á su voz; «Padre, mi gloria,
¿Tu bella imágen á la saña fiera
Entregas de Luzbel? ¿De su victoria
El impostor se jactará? El espera
Vengar de su castigo la memoria
Con el castigo del mortal amado,
Objeto dulce de tu excelso agrado.

»¿Y triunfará el infiel? Piedad inmensa,
Sola piedad y amor, es nuestra hechura,
Es tu hijo el mortal; su grande ofensa
Da mayor gloria á nuestra gran dulzura.
¡Oh! Viva el hombre! Tu poder suspensa,
Y mi poder admira la natura;
Ora admire tu amor; llore el impío
Que sus traiciones frustre el amor mio.

»Sus traiciones; rebelde en su malicia
Sublevó tus falanges; fementido
Ora seduce, y la inocencia vicia:
Un crimen y otro de Luzbel han sido.
Es así, Padre; la eternal justicia
Debe ser aplacada; no, no pido
Que el rayo pongas sin vengar tu nombre;
¡Oh! lánzalo en tus iras sobre el hombre.

»Mas ved el hombre en mí; yo su delito,
Yo he de satisfacer; arde inexhausto
Por salvarle mi amor; seré el precito,
Seré tu maldicion: ¡oh! sí, el infausto
Viva, yo moriré; venga infinito
Sobre mí tu furor. El holocausto
De mi pasion ¡oh Padre! tú recibe,
Y salva el hombre, que en mí muerte vive.»

Hablaba el Hijo, y de rosada lumbre
Un arco desplegándose, aparece
Entre el hombre y Jehová: sobre su cumbre
Alzado en cruz un leño resplandece.
A su vista la etérea muchedumbre
Se postra silenciosa; desparece
Súbito el rayo de la airada diestra,
Y mezclado en su ceño amor se muestra.

«He aquí, Padre, mi triunfo, el sacro Verbo
Prosigue; el ara ved en que inmolado
Hostia del mundo, en la figura siervo
Mi sangre verteré por el culpado.
¡Oh Padre! parto; el sacrificio acerbo
Me llama: parto de tu seno amado
A salvar á los hombres: tú, Dios fuerte,
Recibelos por hijos en mi muerte.» —

«Sea, el Padre responde; así en mi mente
Lo ordené ante la aurora, cuando ungido
Te engendré de mi luz, saber potente,
Por quien los siglos hice. Fuiste oido
En el tiempo agradable. Tú la gente
Congregarás dispersa, y sometido
Cuanto aquilon y el mar y el austro alcanza,
Del mundo harás conmigo la alianza.

»Yo Dios, yo lo he jurado. Tú el eterno
Sacerdote serás; serán tu herencia
Los pueblos y naciones; tu gobierno
Son las lindes del mundo; tu sentencia,
Que tuyo es el juicio. El hondo averno
Postrarás; y el autor de inobediencia,
Cuando todo lo atraigas exaltado;
De su imperio del mal será lanzado.

»Ciñete y triunfa; en tu derecha mano
La fortaleza va; tú el poderoso.
Muere, sí; mas un brazo soberano
Te alzará de la tumba glorioso,
Primicias de los muertos. Este arcano
En medio de los siglos portentoso
Se mostrará al mortal: en tanto llore,
Y en tristes votos su salud implore.»

El Altísimo dijo; y dentro el seno
Lanzado el Verbo y el amor divino,
En su almo rostro de ternura lleno
Al hombre anuncian su feliz destino.
Depuso la justicia el raudo trueno
Que al brazo vengador sirve contino,
Y abrazó á la piedad, que en blando sello
El labio imprime en su semblante bello.

Y «santo, santo, en himno de alegría
Los serafines claman; á ti gloria,
Gloria al Dios Sabaot. La frente impía
Del dragon tú domaste; la victoria
Yace á las plantas de Jehová. ¡Oh! envía
A tu Cristo, y el hombre la memoria
De tus piedades con eterno canto
Celebrará bañado en dulce llanto.

»Ven; ¡oh Jesus! Ya al mísero el tesoro
De tu pasion destella su consuelo,
Cual antes de nacer; sus rayos de oro
El sol despunta en el rosado cielo.
Lloved, nubes, al Justo.» El santo coro
Cantaba, y de su trono en alto vuelo
Se levantó Jehová; la sacra esfera
En silencioso pasmo el fin espera.

Sube en carro de nubes, y elevado
En alas va del huracan; delante
Vuela un querub, el brazo levantado
Con un dardo de fuego centellante.
Satan en duro hierro encadenado
Arrastraba al humano, y arrogante
«Triunfé», empezó á decir, cuando improviso
Aparece Jehová en el paraíso.

«Huye, le manda, pérfido. ¿Creiste
Poder frustrar mi soberano intento
De hacer feliz al hombre? Conseguiste
El premio digno; tu furor sangriento
El hombre postrará, y tu cuello triste
Quebrantará su planta.» El sacro acento
Oyó Satan, y raudo desparece
Cual humo ante aquilon se desvanece.

«Vivid, mortales, y esperad; propicia
Nacerá un tiempo la salud, que el llanto
En gozo torne y celestial delicia.
La salud nacerá; gemid en tanto.
Hombres futuros, mi eternal justicia
Adorad humillados con espanto;
Hijos de maldicion cuantos se animen
La marca impresa llevarán del crimen.

»Ellos, débil mujer, serán despojos
De tu dolor. Y tú de la morada
Do naciste, lanzado, con tus ojos
Baña la tierra en tu castigo armada.
Suda, infeliz, y llora cuando abrojos
Te vuelva el suelo por la miés sembrada;
Llora mientras que tornas á la tierra;
Que á tu deidad soñada el polvo encierra.»

Habló. De Eden el valladar no abierto
Se divide, y el árido camino
A los culpables muestra del desierto
Do los arroja el precursor divino.
A su perdido bien con paso incierto
Vuelven la faz llorosa; y sin destino
Salen ¡ay! del solar de la alegría
Donde ¡infelice yo! nacer debia.

FIN DE LA INOCENCIA PERDIDA, POR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO,
Y DEL TOMO SEGUNDO DE POEMAS ÉPICOS.

INDICE.

Pág.

PRÓLOGO. V

CATÁLOGO DE POEMAS CASTELLANOS HERÓICOS, RELIGIOSOS, HISTÓRICOS, FABULOSOS Y SATÍRICOS. XIX

LA AUSTRIADA.

CANTO PRIMERO.—Trátase del orígen de los moriscos, y del estado en que el mundo se hallaba cuando se rebelaron, y qué causas tuvieron para ello. Determinaron alzar rey, y hacen reseña de la gente que hay útil para el ejercicio de la guerra, con un ardid extraño. . . . 4

CANTO II.—Coronan al reyecillo, y vense presagios y señales en el cielo y en la tierra que anuncian la rebelion. Los moriscos de la Alpujarra acuden la víspera de Pascua á alzarse con Granada; sobreviene tempestad que se lo impide hasta la siguiente noche; lo cual fué causa que los del Albayzin mudasen parecer. 10

CANTO III.—Vuelve la gente que habia salido á reconocer qué camino habian hecho los moriscos. El marqués de Mondéjar sale en su seguimiento, y no pudiendo alcanzarlos, se vuelve á Granada. El reyecillo se junta con su gente en Béznar, y entra en la Alpujarra haciendo grandes crueldades. Vuelve el Marqués á salir, y da batalla á Abenhumeya. 15

CANTO IV.—El campo de Abenhumeya va cada dia en aumento, y hace atrocísimos martirios en los cristianos que vivian en la Alpujarra. El marqués de los Vélez forma ejército á su costa por la banda de Murcia. El de Mondéjar, habiendo roto algunas veces los moros, va sobre las Guájaras y las toma por combate. 20

CANTO V.—Su majestad determina enviar á Granada al señor don Juan; trátase del nacimiento y crianza deste príncipe. Sale Alvaro Flores con una espía á prender al reyezuelo, y lleva mil hombres en su compañía.. 25

CANTO VI.—Huye Abenhumeya. Los soldados de Alvaro Flores saquean el lugar de Válor. Los moriscos les salen al camino y los matan. El señor don Juan llega á Granada. El marqués de Mondéjar, acusado de sus émulos, va á Madrid, y habiéndole oido su majestad, le da por libre. 29

CANTO VII.—Visto que las cosas de la rebelion ofrecian cada dia nuevas dificultades, determina su majestad que el Comendador mayor se venga de Roma y traiga consigo el tercio de Nápoles. Abenhumeya hace un parlamento á los suyos. El señor don Juan entra en consejo de guerra y hace un sustancial razonamiento.. 35

CANTO VIII.—El Comendador mayor parte de las Pomas, corre tormenta, y perdida parte de su armada, llega la demás á Cerdeña. El de Santa Cruz la rehace y va con ella á Barcelona, donde la entrega al Comendador mayor, el cual va á tomar tierra en Adra, y la primera cosa que emprende es romper la gente de Ventomiz. . . . 40

CANTO IX.—El Comendador mayor hace obsequias por los muertos; despues se embarca con don Sancho de Leyva. Al de los Vélez se le deshace el campo casi sin poderlo remediar. Su majestad manda llamar á cortes en la ciudad de Córdoba. Abenhumeya escribe á los del Albayzin, amonestándoles que se pasen con él. 43

CANTO X.—El reyecillo pone en ejecucion el designio de Verja y vuelve desbaratado. Don Diego de Leyva combate cuerpo á cuerpo con un valiente turco, y le vence y mata. El señor don Juan manda á don Antonio de Luna que vaya á las Albuñuelas. Arrendate mata al capitan Céspedes el fuerte. 51

CANTO XI.—Selim, emperador de los turcos, determina pedir á venecianos la isla de Chipre. El Comendador mayor se apunta en el consejo de guerra con el marqués de los Vélez. Salen los dos caudillos con grueso ejército en busca de Abenhumeya, y despues de haberle desbaratado, se aloja el campo en dos lugares de la Alpujarra. . 56

CANTO XII.—Pone el turco en ejecucion el pedir á Chipre, y viene con gran ejército: á esta sazon se aventaja el reyezuelo en un recuentro que tuvo con el de los Vélez, el cual da la vuelta á Baza. Don Fernandillo, habiendo intentado la empresa de Adra, hace estratagema para ganar á Motril, y un morisco le ordena la muerte. . . . 61

CANTO XIII.—Abenabo, dando crédito á Diego Alguacil, determina con los turcos de matar á su pariente el reyecillo. El turco combate á Nicosia en el reino de Chipre. Su santidad y el Rey envian socorro, y no llega á tiempo por tenelle las galeras muy contrario; y así, dan la vuelta sin efeto, sabida en el camino la triste nueva de Nicosia.. 66

CANTO XIV.—Los turcos ponen en ejecucion la muerte de Abenhumeya. Alzan á Abenabo por su rey. Huzen, capitan turco, se enamora de Zara, y es causa de la muerte del reyecillo. Diego Alguacil, su primer enamorado, sale en campaña con su competidor. Abenabo cerca á Órgiva, y el de Sesa la socorre con dificultad.. 73

CANTO XV.—La guarnicion de Órgiva se pasa á Motril. Galera, lugar muy fuerte, se rebela y fortifica. Los moriscos de Huéscar tratan de alzarse con la ciudad. El señor don Juan y el duque de Sesa salen de Granada á buscar los enemigos. 77

CANTO XVI.—El señor don Juan llega con su ejército á Baza, y pone cerco sobre Galera, donde los enemigos estaban muy fuertes. Suceden en los asaltos extraños acaecimientos, hasta que al fin se entra á viva fuerza. Entre tanto el de Sesa corre con su ejército por toda la Alpujarra, provocando á batalla al Abenabo. 82

CANTO XVII.—Su alteza toma por fuerza un lugar llamado Seron. Luis Quijada, mal herido de un balazo, da el alma á Dios. El duque de Sesa anda en la Alpujarra contrastando al Abenabo, el cual con estratagemas rehusa la batalla; los enemigos rompen y desbalijan una escolta al marqués de la Fabara. La serranía de Ronda se rebela. 88

CANTO XVIII.—El duque de Arcos rompe los enemigos. Los de la Alpujarra hacen conjuracion de matar al segundo